

Entrevista a Renato Dagnino

“En la política de ciencia, tecnología e innovación, la clase trabajadora tiene el mismo discurso que la clase propietaria”

Horacio Bilbao (UNPAZ)

Renato Dagnino (Porto Alegre, 1948) sigue derrumbando mitos con elocuente terquedad. Contra viento y marea, persiste en la misión de construir cruces solidarios, fecundos, entre ciencias, tecnologías y sociedades. Dagnino es un académico político cuyos pergaminos, maestrías, doctorados y conceptos teóricos asoman en esta entrevista como telón de fondo de su experiencia de vida. Es esa experiencia la que le permite ilustrar conceptos e ideas robustas con su propia historia, una historia colectiva que incluye a Jorge Sábato, Amílcar Herrera y otros valiosos referentes del Pensamiento Latinoamericano en Ciencia, Tecnología y Sociedad (PLACTS) de quienes se declara continuador.

Conceptos sofisticados y activos como el de su “tecnociencia solidaria” son acompañados por sentencias radicales con el peso específico de una historia compartida, la de los científicos latinoamericanos que abrazaron proyectos políticos. Todos ellos entendieron temprano que la elección de una solución técnica para un problema social o económico es, en esencia, una decisión política. De allí la terquedad, la urgencia por persistir cuando vemos que cada vez más la política está subordinada a ensamblajes tecnocientíficos globales cuasidivinos, mitológicos.

Ingeniero metalúrgico, hijo de ingenieros, nieto de ingenieros, Dagnino presidía el Centro de Estudiantes de su universidad en Porto Alegre cuando en diciembre de 1970 fue expulsado por la dictadura cívico-militar que hizo uso del Decreto N° 477. Pasó por Uruguay y Argentina hasta que recaló

en Chile, donde se quedó tres años. Allí saltó de la ingeniería a la economía, a las ciencias sociales. Estudiaba en la Universidad de Concepción, conocida como la “Universidad Roja” de América Latina. Tras el golpe de Estado que terminó con el gobierno de Salvador Allende, Dagnino regresó a Brasil. Se mudó a Brasilia, su última escala antes de llegar en 1977 a su lugar en el mundo, la Unicamp.

Jubilado desde 2023, Dagnino sigue dando clases en la mítica Universidad de Campinas, ciudad que alterna con Salvador de Bahía, terruño de su compañera de vida. “Me gusta el mar y soy feminista”, bromea. Verán que en esta charla aparecen metáforas y analogías que serán oportunamente comprendidas. Brincadeiras. Las usa para graficar problemas centrales, como las contradicciones de científicos y profesores de corazón rojo pero de mente gris. La alienación. O la idea de que la universidad es un archipiélago. En unas islas viven los inexactos, en otras los inhumanos. Los científicos duros son los inhumanos y los científicos sociales, los inexactos. Metáforas y brincadeiras que buscan ilustrar de mil y una maneras el drama de nuestros procesos cognitivos, productivos y comunicacionales, cada vez más concentrados, dominados por megacorporaciones globales que aceleran esas asimetrías y potencian alienaciones.

A Dagnino hay muchos que lo quieren jubilar, pero si leen esta charla que une Campinas y Buenos Aires, verán que no va a ser fácil. Sus ideas potentes reivindican un pasado común y al mismo tiempo están cargadas de futuro.

Figura 1. Renato Dagnino, homenajeado en el último encuentro de la Asociación Latinoamericana de Estudios Sociales de la Ciencia y la Tecnología.



Fuente: foto de Unicamp.

Horacio Bilbao: Como siempre ocurre al hablar de tecnociencia, tenemos poderosos diagnósticos con resultados impotentes, con un escaso margen de maniobra para generar alternativas, ¿coincide?

Renato Dagnino: Si uno compara lo que hemos hecho en el ámbito de CTS con otras contribuciones importantes que hubo en América Latina en ciencias sociales, aunque en otra escala, como la creación de la CEPAL, la teoría de la dependencia, los trabajos sobre subdesarrollo, vemos que nuestro impacto

es muy limitado. Y no solo porque trabajamos en un espacio acotado como CTS, gran parte del problema se explica en el hecho de que estamos en una comunidad de científicos que intenta serrucharle el piso a nuestros pares. Nos ven como adversarios porque estamos negando el eufemismo de que lo que hacen es la última chupada del mate, que a través de sus prácticas vayamos a ser desarrollados, democráticos, equitativos. Les decimos que el modelo lineal ofertista no tiene fundamento racional ni empírico. El PLACTS ya hablaba de esa ausencia de fundamento racional, y la contrastación empírica confirma esa mirada. A partir de esa visión, que heredamos del PLACTS y que combinamos con [Andrew] Feenberg o Bloor, entre otros, negamos la neutralidad de la ciencia y la tecnología, mientras decimos que hay un camino posible que es la tecnociencia solidaria. Eso supone abandonar el mito de la tecnociencia capitalista y ahí reside la gran dificultad que tenemos, hay que derribar un mito que es tan importante. Nuestra tarea es difícil.

Acaba de terminar la quinta Conferencia Nacional de Ciencia, Tecnología e Innovación en Brasil y seguimos escuchando el mismo discurso de los años sesenta. El lineal ofertismo, amparado en el mito de la neutralidad de la tecnociencia, sigue vigente. El problema, Horacio, es que no es un mito de la derecha, es un mito transideológico, izquierda y derecha lo comparten.

HB: Hablamos de los sesenta, cuando había ideas muy claras y radicales para torcer el rumbo de la organización política en Latinoamérica, cuando también se hablaba de la interdependencia entre la soberanía política y la económica. La discusión por la tecnociencia vinculada a estos problemas, si bien estaba presente en el PLACTS, no llegó a colarse en un debate a gran escala. Y la cosa solo empeora. La justicia estadounidense nos dijo algo que ya todos sabíamos, que Google es un monopolio: de ese tipo de normalizaciones hablamos, de las que operan en nuestras subjetividades. ¿Puede haber un cambio sociopolítico si no se atiende el mito de la tecnociencia?

RD: Ese quizá sea el nudo del problema. Si uno pudiera medir la radicalidad económica de los planteos de la izquierda en América Latina, veríamos que en el plano propositivo e ideológico las cosas estaban claras, aunque no se implementaran por problemas de relación de fuerzas, entre muchos otros, ¿no? Ese grado de radicalidad no se trasladó al plano de la tecnociencia. Aun en el plano intelectual era necesario pensar otra tecnociencia. Ahí hay una cuestión disciplinaria y también un problema con un marxismo mal digerido por Lenin y luego, claro, por Stalin. Esa idea de que puede haber una neutralidad de las fuerzas productivas, de la tecnociencia. Ese mismo marxismo, tan importante como línea de acción y pensamiento, limitó la posibilidad de la inclusión de la variable tecnociencia en el marco analítico conceptual. En Brasil, el nudo de ese proceso que llevó a una diáspora de la izquierda, reunificada después bajo el ala del PT, trajo la propuesta estatista de los partidos comunistas pro Moscú, que proponía una alianza con la burguesía nacional de carácter antiimperialista porque así saldríamos del feudalismo. Esa interpretación está en la raíz de lo que se está planteando hoy en el plano industrial y en el plano de la ciencia, tecnología e innovación. La famosa neointustrialización de Brasil no es una política de industrialización sino de innovación, basada en el mito transideológico. Al fin y al cabo,

la idea de que a partir de esa tecnociencia capitalista vamos a poder lograr el desarrollo equitativo y ambientalmente sostenible de nuestro país.

HB: Una idea equivocada, pero además limitante de alternativas, dice usted.

RD: Claro, porque debemos preguntarnos los porqués de no haber entrado en la agenda de la tecnociencia. No entramos en la agenda porque no hemos logrado conversar con la alta élite de la ciencia, la alta iglesia de la ciencia dura. La alta iglesia de la ciencia dura hegemoniza la política cognitiva. La política de educación y de ciencia, tecnología e innovación es propiedad de esa élite científica, que en nuestros países no suele percibir la importancia de la política científica y tecnológica para cambiar el mundo. Están buscando en el laboratorio, no cuestionan el mito de la neutralidad y el determinismo.

HB: Élite asociada a una concentración tecnológica cada vez más evidente. Pensemos en lo que ocurre en estos últimos años con la inteligencia artificial, cabe allí esa idea de mitologización de un proceso cognitivo que anula alternativas trasladables a esa idea tan repetida por Amílcar Herrera, cuando dice que a través de las tecnologías adoptamos los valores que decimos rechazar. Modelos sacralizados que impiden cuestionar el diálogo que las propias universidades van tejiendo con esa idea de progreso y que trasladan a sus claustros y poblaciones.

RD: De acuerdo, hablemos del diálogo con el claustro y con la sociedad, que por supuesto es heterogénea. Nosotros hemos tratado de dialogar con el claustro desde hace 30 años. Voy a ejemplificar con un trabajo que escribimos sobre la anomalía de la política científica tecnológica y la atipicidad latinoamericana. La anomalía tiene que ver con algo que ocurre en todo el mundo, y se encuentra en estado puro en los países desarrollados. Tiene que ver con el mito transideológico. En todo el mundo la comunidad científica tiene una participación elevada en la elaboración de la política de ciencia y tecnología. Se debe a que grandes empresarios, el aparato militar u otros actores poderosos influyen y se benefician de esa hegemonía y también a que la sociedad, que es diversa, reconoce que quienes saben de ciencia son los científicos, deja que sean ellos quienes decidan el rumbo. Hay una coalición espuria que otorga ese poder, integrada por esa sociedad y por esos actores influyentes que logran beneficiarse de esa anomalía. ¿Por qué es una anomalía? Porque en las políticas normales, los actores sociales defienden en el proceso decisorio una agenda que interpreta sus intereses. Empresarios y trabajadores difícilmente tengan la misma mirada en una agenda laboral, su proyecto político es distinto. En las políticas anómalas los actores se desconectan de su proyecto político. En la política de ciencia, tecnología e innovación, la clase trabajadora tiene el mismo discurso que la clase propietaria. Eso ocurre en todo el mundo. Pero en nuestros países se da algo atípico. Somos el país de la plusvalía absoluta, no de la plusvalía relativa. Los europeos mataron a los indios, conquistaron, produjeron a un costo muy bajo y vendieron a un precio muy alto. Se acostumbraron a una tasa de ganancia absurda, la mayor del mundo. Si alguien produce un alfiler en Brasil es porque la tasa de ganancia es más alta que la tasa de interés, y tenemos altas tasas de interés. Además, somos un país, una región, con una dependencia

cultural absurda. Todo lo que el mercado periférico consume ya ha sido producido en el norte. De eso habla el PLACTS, y nosotros hemos podido continuar con esa línea del pensamiento latinoamericano a través de la incursión en la filosofía de la ciencia, filosofía de la técnica, en los estudios sobre la historia de la tecnología para conceptualizar la tecnociencia, para comprender que esa separación es una manipulación ideológica del capital. La tecnología capitalista es una expropiación del conocimiento del productor directo. Y ese conocimiento, que era colectivo y tácito, fue codificado y privatizado para ser depositado en la universidad. La universidad capitalista es el repositorio del conocimiento que la clase capitalista necesita para seguir explotando a la clase trabajadora. Así de radical estoy.

HB: ¿Ese diálogo está roto, es irreversible, o se puede conectar todavía?

RD: Anomalía y atipicidad son conceptos claros para explicarle al claustro cómo funciona esa política. Yo insisto con la metáfora de corazones rojos y mentes grises, tenemos muchos compañeros que todavía creen que con la tecnociencia capitalista pueden hacer palanca para llegar a la sociedad que desean. Hay un problema de esquizofrenia allí, es necesaria una toma de conciencia de este problema para conseguir cambios. Tampoco conectamos con la sociedad. Eso de alfabetización de la ciencia, participación pública en la ciencia, bla, bla, es algo que los escandinavos intentan desde hace 60 años, pero no pasa nada. Y es gente que come tres veces al día, alfabetizada, que tiene todos los dientes, imagínate en Brasil a lo que conduce esa participación pública en la ciencia. Yo provoqué a los compañeros que están en esa vaina. Su esfuerzo sería mucho mejor aprovechando en diálogo con sus pares a partir de las cosas que ya deberían saber sobre ciencia y tecnología. En Campinas hay toda una escuela de periodismo científico orientada a ese juego participativo, y hay mucha gente buena allí que podría ocuparse de otra cosa.

HB: En los setenta el modelo Bariloche en Argentina y el Cybersyn en Chile buscaron construir otro diálogo con la ciencia y la matemática. Otros dispositivos. ¿Pueden servirnos esos ejemplos como alternativa de apropiación tecnológica?

RD: Son importantes, claro. Pero tomemos el modelo Bariloche, que entra en un momento trascendente de América Latina, donde prima una visión anticapitalista que pretende disputar la futurización que hacen los *think tanks* de los países centrales a través de modelos probabilísticos. Amílcar Herrera logra reunir a un grupo interdisciplinario para dar una respuesta, y dan una respuesta. Pero ese equipo era de economistas neoclásicos. Adoptan la función de producción de Cobb Douglas (un modelo matemático) un modelo equivocado. Lo hacen porque, aunque tuvieran economistas marxistas, no estaban dadas las condiciones para concretizar esas ideas en un modelo matemático. Por eso, con todas las buenas intenciones que hay, la modelización de Bariloche es frágil. Cuando en los setenta llegó Amílcar a Campinas, en el naciente Instituto de Geociencias decidimos hacer un modelo de demanda de recursos minerales para mostrar en una escala menor lo que había generado el modelo Bariloche. Distintos escenarios iban a conducir a distintas canastas de minerales que configurarían sistemas eco-

nómicos distintos. Pero salimos del modelo Cobb Douglas y convencimos a Amílcar de trabajar con la matriz de insumo producto, de Leontief. Ese marco de referencia era para nosotros más legítimo que el que se había utilizado en el modelo Bariloche. Cuento esto para reforzar mi idea de que, desde el punto de vista de la modelización, el MML era frágil. Aun así, sus resultados fueron ampliamente aceptados, y fue de gran importancia para sintonizar con ese clima de época que era rebatir las ideas del norte, sus diagnósticos.

HB: ¿Vamos a coincidir en que tanto el modelo Bariloche como el Cybersyn usan la matemática, la tecnología con una orientación política diferente?

RD: En parte. Se piensa la tecnología como se piensa la matemática, pero se toca muy poco el problema de la tecnociencia, algo que recién se vio a partir de los debates sobre economía de la innovación, con Christopher Freeman, con Lundvall y otros abriendo la caja negra. Para la economía neoclásica, la tecnología es una caja negra, una variable como mano de obra. Se puede instrumentalizar, pero el problema son los supuestos que están detrás de esa visualización. Abrir la caja negra es pensar el problema de la tecnociencia, y para ello necesitamos combinar economía de la innovación con filosofía de la ciencia y la técnica. En la época de Bariloche era muy incipiente el cuestionamiento de la caja negra, eso se entendió en los años ochenta. La economía de la innovación, aunque sea un cachorro del neoliberalismo que pone a la empresa como *Deus ex machina*, que encuentra en nuestras universidades un entorno muy amigable, que lentamente se apodera del pensamiento latinoamericano y convierte a los PLACTS en una sigla, a su vez contribuyó muchísimo para que pudiéramos entender lo que es la tecnociencia.

HB: Usted estaba en Chile cuando se desarrolló el proyecto Synco o Cybersyn

RD: Estaba terminando mi curso de economía en la universidad de Concepción cuando cayó en mis manos un documento sobre Synco. Me puse a escribir una monografía sobre el tema, era el año 72, comienzos del 73. Ya había leído a Amílcar Herrera y a Sábato, ya era casi ingeniero, tenía participación política en la universidad. Mucho después, leyendo a Eden Medina, pude cruzar la interpretación que se hace de aquel proyecto y mi propia experiencia con él. Porque una de las cosas que yo hacía en la petroquímica era reportar los niveles de producción de cloro y soda, los productos básicos. En la universidad había un proyecto para ir a las empresas para recolectar los datos que necesitaban introducir en Synco. Yo veía ese proceso, una cantidad de datos que se almacenan y procesan en computadoras y se envía vía télex. A partir de allí se generan informes a nivel de empresa, de sector económico, a nivel de área geográfica para permitirle al gobierno anticiparse y protegerse frente a posibles boicots como el de los camioneros. De esa historia se hace una construcción diferente a la que yo había vivido, se le imputa al Cybersyn un parentesco con las ideas de autonomía tecnológica y soberanía que no estaban explícitamente planteadas. Incluso a nivel de funcionamiento el programa no tenía tal intensidad, eran máquinas de télex recuperadas. Yo manejaba una de esas maquinitas para

enviar información a Santiago. Las computadoras, la arquitectura del programa se parecía bastante a lo que podría hacer una multinacional para controlar sus empresas, sus filiales. Pero allá todavía no habían leído ni a Herrera ni a Varsavsky. Yo estudié en la Universidad roja de América y mi formación en economía fue la de preparar una transición al socialismo, pero la escuela de economía de Santiago no tenía esa impronta, el marxismo no entraba en la Universidad de Chile.

HB: ¿Entonces no suscribe esa interpretación, expandida por autores como la propia Medina o el bielorruso Evgeny Morozov cuando sostienen que los golpes de Estado abortaron lo que podría haber sido un sistema tecnológico distinto al de Silicon Valley?

RD: El Synco fue muy importante, pero es exagerado decir eso.

HB: ¿Se puede trazar analogías entre el rol de los golpes de Estado en América Latina y el impacto colonizador de la tecnociencia hoy en materia cognitiva?

RD: Si hablamos de un sistema cuyos componentes interactúan, su trayectoria depende de esas interacciones y en función de esas interacciones se actualiza, podría decirte que sí. La cuestión fundamental es cómo piensan los actores involucrados con la política cognitiva. En otras palabras, qué tiene que ver el imperialismo con nuestra política de ciencia y tecnología. Una mirada simplista dirá que actuó, porque la relación es directa, porque las empresas multinacionales dominan el tejido industrial y son las más intensivas en tecnología. Ahora, quiero enfocar otro problema, la manera en la que se enseña, se investiga y se hace extensión en las universidades públicas. Hay una importación de agendas. Nuestra agenda copia la de las buenas universidades del exterior. Esa correa de transmisión no es estrictamente la del poder económico, geopolítico, es mucho más sofisticada y difícil de percibir. Quien impulsa de hecho nuestra política cognitiva es esa comunidad científica y sus tecnócratas. Nos dicen que como nuestra universidad hace la investigación que nuestras empresas no hacen (por aquello de la plusvalía absoluta y la dependencia cultural), hay que transferirle el resultado de nuestra investigación a la empresa. Y esa visión es totalmente equivocada. En los EE.UU. las empresas solo destinan el uno por ciento de su presupuesto en investigación al trabajo conjunto con universidades. No se nutren de esa investigación. De lo que sí se nutren es de los investigadores formados por esa universidad. El 60% de los investigadores formados en ciencia dura son contratados por las empresas para hacer investigación. En el primer punto Brasil es muy semejante a los EE.UU. La empresa no mira a la universidad como socio para hacer I + D. Pero acá tampoco nos contratan. Entre 2006 y 2008, época de grandes ganancias empresariales con una economía que volaba, mis colegas dijeron bueno, ahora sí, van a contratar a nuestros maestros y doctores. No ocurrió. En ese período formamos 90.000 investigadores y fueron contratadas para hacer I+D, 68 personas. Esa disfuncionalidad para el proyecto capitalista tiene origen en el actor que establece las agendas de enseñanza, de investigación y de extensión. Si hay algún enemigo en eso no es la empresa seriada en Brasil, es la élite científica y sus tecnócratas. Esa orientación transferencista fue evaluada por esa élite y concluyeron que no existe el

empresario que pueda absorber todo lo que hacemos. Y ahí crearon el investigador emprendedor con toda la ideología que le subyace. Un investigador tiene una idea, crea una patente, arma una *startup* y ese tipo es el demiurgo de la sociedad del futuro, el que va a llevar a Brasil a otro nivel tecnocientífico. El problema es que ese tipo actúa para generar una *startup*, un unicornio si es posible, para venderla inmediatamente a una multinacional. El tipo es vivo, sabe que ese es el mejor negocio, vender su idea, su invento, porque no tiene cómo transformarlo en innovación. La élite científica por fin se está dando cuenta de aquello que decían los PLACTS hace 50 años y nosotros seguimos sosteniendo, pero sus respuestas, sus soluciones, solo sirven para los científicos que nunca salen del laboratorio y los emprendedores, estos dos actores están viviendo una luna de miel en esta política científica.

HB: En nuestro país no hemos escuchado mucho de política científica en este último gobierno.

RD: Aquí es distinto. Para empezar, en los puestos clave tenemos científicos. La ministra es ingeniera (Luciana Santos) y el que está por detrás es el ex ministro de Lula, Sergio Rezende. Si uno armara un mapa con la teoría del actor red de Latour vas a ver en puntos clave esos dos actores: la alta iglesia de la ciencia dura y los tecnócratas, que tienen inoculado el innovacionismo. Pero hay una gran diferencia con Argentina, porque la ciencia ha sido amenazada abiertamente. No es nuevo, ocurre desde Cavallo, cuando mandó a los científicos a lavar platos. (La frase “a lavar los platos” fue pronunciada en 1994 por el entonces ministro de Economía, Domingo Cavallo, que respondió de manera despectiva a Susana Torrado, investigadora del CONICET cuando reclamaba mejores salarios y condiciones para los científicos). Eso nunca podría ocurrir en Brasil. Por más reaccionario que fueran Bolsonaro y su equipo, jamás habrían pronunciado un destrato semejante.

HB: El destrato hacia los investigadores siempre vuelve, ahora acompañado de un juego de seducción con los altos personajes de Silicon Valley. Elon Musk ya tiene sus satélites de conectividad operando aquí y apuesta por el litio. Milei sueña con crear un hub tecnológico en las pampas al servicio de las grandes tecnológicas y nada indica que se pueda salir de esa subordinación en materia de información y comunicación. Los PLACTS alertan hace tiempo que la tecnociencia tal como está monopoliza el conocimiento, pero a la vez esteriliza alternativas generadas en el pasado, ¿puede haber otra tecnociencia?

RD: En términos ideales y de futuro, la idea de tecnociencia es una reunificación disciplinaria. Cuando decimos que tecnociencia es el conocimiento que se necesita para producir bienes y servicios desde el origen de la humanidad y miramos que las empresas utilizan la religión, el curanderismo, el conocimiento empírico, los saberes ancestrales, la tecnología de punta, etc., etc., en pro de sus intereses, vemos que si nosotros queremos tener un futuro tenemos que generar conocimiento de otra forma, y otro tipo de conocimiento. La idea de tecnociencia es una posibilidad de reunificación de disciplinas. Las experiencias exitosas de interdisciplina, pueden llegar a una multidisciplinaria y a una transdisciplinaria. La teoría de la dependencia, por ejemplo, está al frente del ranking del *site citation index* latinoa-

americano. ¿Cómo llegó allí? Porque los tipos vienen de antropología, economía, sociología, ciencias políticas, sociales, y dijeron bueno, nosotros tenemos una ideología común, estamos luchando contra el imperialismo. O el caso del modelo Bariloche: nosotros queremos una sociedad que no es esta, entonces vamos a juntarnos y planificar otra. Los cimientos y la argamasa de la multidisciplinariedad son ideológicos. Por eso cuando hablamos de tecnociencia hacemos tanto hincapié en la traba que significa tener compañeros de corazón rojo y mente gris. Es imposible una universidad que produzca el conocimiento necesario para la sociedad que queremos si no profundizamos esa discusión. Esa visión es tan perdedora que yo termino ostracizado por los compañeros y compañeras. Elije otro enemigo, me dicen.

HB: Quizá esa batalla desigual y quijotesca haya tenido más fuerza en el pasado cercano. En los 50 años que atraviesan esta charla tenemos una aceleración del cambio tecnológico descomunal. Las ideas siguen vigentes, claro, pero ¿qué se puede agregar desde la perspectiva actual como motor de futuro junto a la tecnociencia solidaria?

RD: ¿Más? La tecnociencia solidaria puede servir como síntesis de toda una trayectoria que empieza con Amílcar Herrera, Jorge Sábato, Oscar Varsavsky. Aunque hubiera diferencias entre ellos, había un espíritu de época. Cuando Sábato operacionalizó su triángulo y vino a Campinas, nosotros estábamos creando un departamento de desarrollo tecnológico, que fue la primera incubadora de empresas del hemisferio sur, ConeTec. Teníamos como socios a las empresas estatales. Entonces Sábato veía que en su triángulo el vértice de la empresa era la empresa estatal del nacional desarrollismo. Años después discutimos mucho sobre ese triángulo y lo convertimos en un cuadrado, al que se sumaban los movimientos sociales organizados. A eso le llamaron el cuadrado de Dagnino, con un tono a veces despectivo. Pero era y es necesario incorporar a los movimientos sociales con sus actores verdaderos, que no escapan a la contaminación del mito transideológico. ¿Cómo resolvemos ese problema? Si le preguntamos al pueblo qué clase de universidad quiere, tal vez nos diga lo que la universidad puede ayudar a resolver: salud, educación, vivienda, alimentación, esparcimiento, pero que resolvamos nosotros el tipo de universidad que vamos a construir. Y muchos en la izquierda se quedan esperando que un día se despierten y nos digan qué tenemos que hacer. Mientras tanto vamos a emular lo que se hace en el norte, vamos a copiar sus agendas sea por ignorancia o por comodidad. Nosotros decimos, y esto viene de Herrera, que las necesidades materiales, sobre todo de bienes y servicios traen embutidas demandas cognitivas, tecnocientíficas. Las empresas han logrado en estos 400 años identificar las necesidades portadoras de futuro, las demandas cognitivas, las han traído para su laboratorio, han generado el conocimiento para producir esos bienes y servicios. En otros países han resuelto esto y pasaron a otra cosa. Agua potable, eso ya se sabe. Sí, pero a qué escala. Cómo lo hacemos para 100 millones de brasileños que no la tienen. Hay una complejidad y una originalidad inherente a esas demandas cognitivas. Nosotros tenemos que detectarlas y traerlas a la universidad a los institutos de investigación y así ocupar ese enorme potencial subutilizado. Produjimos 90.000 y las empresas contrataron 68.

HB: ¿Quién se va a encargar de eso?, ¿hay herederos del PLACTS, gente que desarrolle una tecnología solidaria?

RD: Tuvimos la reunión de ESOCITE (La Asociación Latinoamericana de Estudios Sociales de la Ciencia y la Tecnología) y yo fui homenajeado. Pablo Kreimer hizo un discurso muy lindo resaltando el hecho de que yo había formado a mucha gente, que muchos de ellos estaban ahí, que muchos no estaban de acuerdo con lo que yo decía, pero sin embargo eran mis nietos. El abuelo no tiene que meterse con la ideología de los nietos, era la conclusión implícita. Me dieron la plaquita y listo. De manera amistosa yo conté que 24 años atrás, cuando hicimos la primera reunión, Amílcar había muerto en 1995, estábamos todavía preocupados a partir de la experiencia de los PLACTS por darnos un marco analítico conceptual sobre ciencia tecnología y sociedad. Nuestro aparataje era lo que estos tipos habían dicho y nuestros temas eran temas latinoamericanos. Dos componentes muy importantes del PLACTS eran que los tipos venían de las ciencias duras, aunque el ambiente fuera de teoría de la dependencia eran duros preocupados por las *policies* y sabían que detrás de esas *policies* había una *politics*, implícita o explícita. Ese marco analítico conceptual, que no estaba codificado como tal, era muy potente. Y algunos nos abocamos a la tarea de formalizarlo. Lo hicimos con Hernán Thomas y otros compañeros que eran alumnos nuestros y lo fuimos trabajando. No había otro centro de reflexión en América latina, no éramos conscientes de eso, me di cuenta cuando Hernan Thomas volvió a la Argentina y volcó todo eso en Quilmes. Había otras personas, Pablo Kreimer, por ejemplo, que asistía a todo eso pero no participaba. Había hecho su doctorado en Francia y empezaba a partir de allí la importación de un marco de referencia conceptual exógeno. Teoría del actor red y economía de la innovación, entre otros. Se fue dando un proceso de alejamiento del marco teórico y del conjunto de problemas que teníamos en ese entonces.

Hoy tenemos un aparataje teórico conceptual exógeno y temas latinoamericanos pasados por un filtro que también es exógeno. Lo que pasa el filtro es estudiado, lo otro no. Voy a un terreno peligroso, la discusión sobre lo que llamamos pautas identitarias. Podemos meter allí las cuestiones de género, raza, ambiente, etc., etc., que son temas universales. Esos que pasan el filtro son estudiados. Los otros que son más propios de nuestra realidad no pasan el filtro, no son iluminados por el marco analítico conceptual. Los herederos son muy pocos. La avalancha neoliberal ha marcado mucho la universidad brasileña, que no tiene nada que ver con lo que era cuando yo vine a Campinas. Aun la gente formada, que comulga con nuestras ideas, tiene que hacer su vida, su carrera, publicar sus papers, tiene que aprobar proyectos y formar equipos. Entonces esa gente se va alejando de esa relación necesaria entre nuestros problemas y el marco teórico conceptual. En esta misma conferencia, un amigo habló sobre innovación social, y sus referencias eran toda una bibliografía europea y estadounidense. Yo lo conozco, sé que tiene un corazón rojo, y le pregunté por qué no hacía referencia a las teorías desarrollada por Hernán Thomas, que percibió que tenía que publicar en inglés no para que los anglófonos lo lean, sino para que los latinoamericanos que leen solo en inglés en los *main journals* lo lean. Y le pregunté por qué no hacía referencia a la tecnología solidaria que es tan buena en términos de sofisticación intelectual como lo que él traía. En Brasil tenemos millones de analfabetos funcionales, excluidos, y necesitamos darles respuestas, como la economía solidaria. Ellos saben muchas cosas que

son importantes para producir, para relacionarse con el medio ambiente, con otras personas. Todo eso es un conocimiento tácito que tenemos que traer a las universidades, tenemos que codificar. La tecnociencia capitalista no sirve para la economía solidaria. Está codificada para controlar y alienar. Es necesario otro tipo de codificación que nos lleve a una tecnociencia solidaria. Y viceversa. Para entender el concepto de tecnociencia solidaria es necesaria esa sofisticación, para recorrer su historia y sus componentes.

HB: Volvemos a la sensación de impotencia del comienzo de la charla.

RD: El departamento de maestría y doctorado que yo creé, se convirtió en un departamento de gestión de I + D empresarial. Hace cinco años que estamos proponiendo un observatorio sobre tecnociencia solidaria, a modo de contrapunto. Pero no, a la plaquita que me entregaron le faltaba decir: por fin te jubilaste.